

M. MAGALLANES MOURE

LA JORNADA

(VERSOS)

===== SANTIAGO DE CHILE =====
Imp., Lit. i Enc. «La Ilustración»
===== Calle Moneda 855 =====
===== MCMX =====

A AMALIA

LA JORNADA

A Francisco Villaespesa

Emprendieron la ruta cuando el alba
desenvolvió a lo largo de la noche
la ondulada silueta del camino.

Dormían las cabañas en los bordes
oscuros de la senda; como un rastro
de luz en medio del silencio, oyóse
surjir a la distancia el prolongado
mujir de las vacadas, i por sobre

LA JORNADA

la quietud de los campos, deslizáronse las brisas, produciendo suaves roces entre las altas ramas i en las charcas haciendo resbalar leves temblores.

Marcharon los viajeros, i a medida que avanzaban, las sombras de la noche se iban desvaneciendo.

Las estrellas
se hundían en el cielo, como flores
que se sumergen en el agua.

Lejos,
ante la claridad del horizonte,
las montañas erguían sus perfiles.



Fijos los ojos en la blanca senda,
mudos, ensimismados, los viajeros
lentamente marcharon, perseguidos
por la asfixia del polvo i por el fuego
del implacable sol.

Tras de sus huellas
se arrastraban sus sombras, como perros
silenciosos, fantásticos.

Cantaban

los empinados árboles bebiendo
la blanca luz del sol, i sonreían
las praderas fecundas, los austeros
montes i los boscajes misteriosos.

Por el camino largo i polvoriento,
bajo el sol implacable, lentamente
marcharon i marcharon los viajeros.



Marchaban sin descanso desde el alba...
I sucedió que al sol de medio día
una vision les sonrió.

Por entre

los floridos cardales de la orilla
surjió ante sus miradas una choza
de cuyo techo rústico subia,
recta al cielo, una onda temblorosa
de humo azul.

Espléndida, festiva
como el reir de un pájaro, una jóven
voz de mujer volaba perseguida
por una ronda de fugaces trinos.

I única vez en aquel largo día,
detuvieron su marcha los viajeros.



Acallando el rabioso vocerío
de los perros esclavos, una anciana
piadosamente les brindó descanso
bajo el ancho ramaje de una acacia.

Allí, a la clara sombra de aquel árbol,
envuelta en luz violeta, saturada
de reflejos de sol, una muchacha
con grácil voz cantaba una armoniosa
cancion de campesinos, mientras rápidas
se movían sus manos, enhebrando
con el sutil croché la roja lana.



Cesó el cantar, i púdica, i hermosa,
i fresca como el agua cristalina
que al desbordarse del humilde vaso
por sus desnudos brazos se escurría,
se ofreció la muchacha a las sedientas
miradas recargadas de fatiga
de aquellos caminantes.

I era rubia
la carne de sus brazos, i era límpida
la espresion de sus ojos, i eran llenas,
como frutas maduras, sus mejillas.
I eran blancos los dientes i eran húmedos
los labios de la jóven campesina.

I toda ella con olor a hierbas
olorosas, i toda ella henchida
de savia juvenil, i toda ella
como un sorbo de agua cristalina...

I marcharon de nuevo los viajeros
llevándose en el fondo de su alma
la inefable impresion del agua límpida
i la fresca vision de la muchacha.



Marcharon esta vez alegremente
por el camino polvoriento i largo.

Descendía la tarde i era de oro
la oblicua luz del sol. Aligerados
de la opresion del yugo, caminaban
los taciturnos bueyes, destacando

sobre las alamedas verdinegras
sus macizos contornos, perfilados
con el oro del sol. Todas las sombras
largamente crecían i los pájaros
al traves del camino se alejaban
en bandas bulliciosas.

Entretanto,
volaba por la senda el sonriente
cantar de los viajeros, despertando
la alegría al pasar.

Pero el mas jóven
de aquellos caminantes, un muchacho
de rostro imberbe i vigoroso cuerpo,
no cantó aquella tarde.

Ensimismado
caminó, separándose de todos,
i por mas de una vez detuvo el paso
para mirar atras, como si hubiera
sentido a la distancia algun llamado
que lo invitara a regresar...



Las sombras
subían de los campos a los montes
como una gran marea, i a medida

que iba ascendiendo esa marea enorme,
en ella toda luz naufragaba
i se apagaban todos los rumores.

Arriba, en el azul del firmamento,
brotaban las estrellas como flores
que fueran asomando unas tras otras
sobre la superficie de un estanque...

PAISAJE DE INVIERNO

Los viejos álamos
gravemente se inclinan
i el viento pasa.

Las gotas de la lluvia
al caer en las charcas
círculos i burbujas
esparcen sobre el agua.

Los viejos álamos
curvan sus rudos ganchos
i el viento pasa.

Los círculos que forman
las gotas en las charcas
surjen, crecen i luego
deshácense en el agua.

Los viejos álamos
sueltan sus hojas pálidas
i el viento pasa.

Las burbujas que forman
las gotas en las charcas
flotan, se inflan i luego
revientan en el agua.

Los viejos álamos
saludan al tranquilo
viento que pasa.

I burbujas i círculos
se estinguen en el agua
i de pronto se quedan
inmóviles las charcas.

Los viejos álamos
brillan al sol en tanto
que el viento pasa.

I corren por los árboles
gotas de luz dorada
i espejean los líquidos
cristales de las charcas.

POR EL RIO

A Graciela Viancos

La luz se estingue, dulce, sonriente
como mirada femenina. El terso
cristal del agua rompe sin esfuerzo
la barca, i se desliza blandamente.

Refleja el manso rio la imponente
silueta de la orilla, i en disperso
tropel vuelan las garzas, como un verso
que se desconcertara de repente.

Canta el agua al chocar contra la quilla
i las ondas corriendo hácia la orilla
bésanse como labios temblorosos.

Poco a poco florecen las estrellas,
e imita sobre el agua el fulgor d'ellas
una banda de peces luminosos.

EL ÁLAMO VIEJO

En mitad del campo,
del infecundo campo que la maleza invade;
doblado, abatido,
tal como un gigantesco penitente que orase,
el álamo viejo
es una sombra única en medio del paisaje.

Cayeron sus hojas
i desnudas quedaron sus ramas formidables;
es como un esqueleto
su récio varillaje.

Las hojas en la tierra
han formado una alfombra de coloración áurea:
parece que allí brilla un rayo tembloroso
de sol de tarde;—
i está el cielo tan sucio
cual los sucios cristales
de una vieja mansion abandonada.

Las muertas hojas yacen
caidas en el lodo, caidas en el agua
de un negro charco en donde se copia el lamentable
esqueleto del álamo,
que parece inclinarse
para mirar su tronco
reflejado en esa agua que tiene opacidades
de muerte.

El viejo álamo
se balancea i cruje cuando los vendabales
flajelan sus desnudos ganchos que se retuercen
hasta troncharse.

Las lluvias han pintado su tronco. Lo decoran
verdes musgosidades
í líquenes rojizos
del color de la sangre.

Su ramazon sin hojas parece al viento una
cabellera salvaje.



Solo está el viejo álamo;
solo, en medio del campo que la maleza invade;
doblado, abatido,
como un gran Cristo exánime
surjiendo en la suprema desolacion del campo.

Como un Crucificado que aguardara el instante
de su descendimiento....

EL PATIO DORMIDO

A Baldomero Lillo

Sobre el estenso patio brilla la resolana
con cansada vislumbre; desfallecen las flores
como mujeres llenas de inefables ardores
i lejos suena el lento rumor de una campana.

Cuando se desvanece la última campanada
desciende gravemente sobre todo el contorno
un gran silencio; tiemblan vapores de bochorno
i la vislumbre se hace mas viva i mas cansada.

Duermen los viejos muros de luminosas grietas,
duerme el sol a lo ancho del suelo calcinado,
duermen las claras sombras de color de violeta.

Duermen todas las cosas i sólo en una esquina
del patio, un caño de agua, que quedó mal cerrado,
dentro de un cubo vierte su cancion cristalina.

LA NIÑA JADEANTE

Te llegas junto a mi, toda ajitada
como tras de un divino i largo esfuerzo.

Es un cansancio alegre el que te inquieta,
como el cansancio alegre del que alcanza
con porfiada labor un regocijo.

Tus labios me sonrien entreabiertos
i por ellos se escapa el fuerte soplo
de tu respiracion, i cuando luego

tus labios se reunen, se dilatan
los nerviosos i finos agujeros
de tu nariz.

Con tu cansancio alegre,
con el ondear de tus redondos senos,
con el rodar de tus sedosas trenzas,
con el fuego de vida en que está envuelto
todo tu sér, pareces, niña injénua,
una bacante de vestir moderno.

Seductora inconsciente, encantadora
que ignoras, castamente, los efectos
de tus vivos encantos, tus pupilas
miran con limpidez, sin ver que dentro
de las mias se iergue amenazante
una hambienta manada de deseos.

EL ESTANQUE

A Augusto Thomson

En el vacío estanque caía la cascada
del agua alegremente. Como una carcajada
plena de regocijo, caía el agua adentro
y los trenzados chorros en incesante encuentro
daban los claros timbres de una cristalería
que rodara hecha trizas.

La buena agua reía
llenando aquel estanque, y según se elevaba

la onda temblorosa, en ella se ahogaba
la risa de los chorros, hasta que una vez lleno,
el estanque durmióse dulcemente sereno.



Los grillos ensayaban sus ásperos acordes
i las flores silvestres erguidas en los bordes
del agua perfumaban su sueño. Suavemente
la luz languidecía en la tarde silente.



Entonces desde el fondo del estanque dormido
surjió un débil murmullo, un rumor parecido
al murmullo de sedas que produce la brisa
cuando va a campo abierto: armonía indecisa
como la de un suspiro; música de un aroma,
perfume de una música que como incienso toma
vaguedades de ensueño. I aquel rumor süave,
que pudo ser el último gorjeo de alguna ave,
o el lejano recuerdo de alguna voz amada,
o el rumorear del aire, o el lenguaje de un hada,
fué llenando mi espíritu de una melancolía
dulce, así como el lánguido desfallecer del día.



El estanque durmiendo su sueño misterioso
decía en un susurro:

«¡Oh tu amor delicioso,
buena agua! Amada mía, cómo me has poseído
por entero! Al principio tus risas despertaron
en mi seno alegrías inmensas; agitaron
dentro de mí los claros cascabeles de oro
de la suprema dicha. Tu lenguaje sonoro
de voces cristalinas, llenó mi ancho seno
con la divina música del amor grande i bueno.

Después, según tú ibas entrando en mí, tu risa
desfalleció, tu alegre voz se tornó sumisa
cual la voz de una esposa que ama. Aquí, en mi seno,
tu alma clara durmióse con un dormir sereno
i mi sér poseído por tu sér trasparente
en un dulce desmayo sumióse lentamente.



Los batracios ritmaban sus místicos acordes
i las flores silvestres erguidas en los bordes
del agua conservaban aun en sus corolas
una ténue luz húmeda. En sus ásperas violas
los grillos preludiaban la canción del crepúsculo.



Cayó sobre mi frente un insecto minúsculo
i ahuyentó mis sueños...

Me alejé silencioso
bajo los grandes árboles, llevándome este hermoso
pensamiento que siempre florecerá en mi mente:
Como el Agua, el Amor. Como el Estanque, el Hombre.

AL SOL

El sol de medio día
baña el dormido huerto;
los árboles alargan
sus ramas hacia el suelo.

De la caldeada tierra
suben vapores trémulos;
no hay un soplo en la atmósfera
ni una nube en el cielo.

Brota sudor copioso
tras del mas leve esfuerzo
i hai sabores amargos
en los labios sedientos.



Apoyado en la azada,
descoyuntado el cuerpo,
descansa bajo un árbol
el jadeante labriego.

La alegría del agua
ríe con claro acento
deslizándose rápida
por el cauce estrecho.

Los líquidos tentáculos
laman el blanco suelo;
de las grietas emerjen
fugaces burbujeros.

I por sobre las aguas,
como esquife lijero,
va una hoja minúscula
i en la hoja un insecto.

EL BARCO VIEJO

A Manuel Ugarte

Allá, en aquel paraje solitario del puerto,
se mece el viejo barco a compas de las ondas
que tejen i destejen sus armiñadas blondas
en derredor del casco roñoso i entreabierto.

De la averiada proa cuelga un cable cubierto
de líquenes que ondulan cuando pasan las rondas
de los peces, clavando sus pupilas redondas
en el barco que flota como un cetáceo muerto.

I el barco, que fué un barco de los que van a Europa
i que era todo un barco, de la proa a la popa,
ahora que está inválido i hecho un sucio ponton,

Sus amarras sacude, i rechina, i se queja
cúando vé que otro barco mar adentro se aleja
mecido por las olas en blanda oscilacion.

MAÑANA GRIS

La niebla sobre el mar.

Flota la niebla
i es como un sueño blanco i misterioso
vagando sobre una alma entristecida;
como el vapor de un sueño melancólico
al aclarar de un triste día.

Flota
la niebla.

Sobre el mar la niebla es como
un ensueño flotando sobre una alma:
un ensueño mui íntimo, mui hondo
i mui blanco, por cuya blanca bruma
fuera temblando un desfilir borroso
de pensamientos tristes, como sombras
al traves de la niebla; i en el fondo
de aquel ensueño blanco, lentas, lentas
van las barcas. Aquellas que ni al soplo
del viento, ni al empuje formidable
del vapor abandonan su reposo.

Aquellas que se mueven solamente
cuando se arquean los fornidos torsos
de los barqueros, i los remos se hunden
en el inflado vientre tembloroso
del agua.

Van las barcas i el prodijio
de la niebla ajiganta sus contornos.
Envueltas en la bruma van las barcas.
Van como pensamientos dolorosos
que huyeran al traves de un sueño blanco.

I mudas como en un cinematógrafo
se encojen i se alargan las siluetas
de los que van remando con monótono
pausado compás.

Aquellas barcas,
con su deslizamiento silencioso,
parecen los espectros de las naves
que el océano atrajo hasta su fondo.
Son como lenta procesion de sombras
tras la bruma de un velo tembloroso.

Del blanco abismo de la blanca niebla
se escapan gritos prolongados, chorros
de sonidos que vibran en el aire
con rumor de aletazos. Un sonoro
silbido arranca i de onda en onda vuela
como un grito salvaje.

Sobre el dorso
del infinito mar, la blanca niebla
duerme su sueño inmóvil.

Poco a poco
se deslizan las barcas como espectros
al traves de un ensueño melancólico.

ELEJIA

En la muerte del poeta Isaías Gamboa

Así en la sombra, hermanos, acerquémonos
para hablar del hermano que se ha ido.



¿Recordais su semblante atormentado?
Eran sus ojos, que agobió el hastío,
tristes como la llama de una lámpara
que ardiera en pleno día; cual dos cirios
ante un rayo de sol. I en lo mas hondo
de sus hondas pupilas, el fatídico
desfile de las negras obsesiones.

I se cumplió el destino.

Así, en la sombra, hermanos, agrupémonos
para hablar del hermano que se ha ido.



¿Recordais sus canciones melancólicas?
Como una sombra errante tras el níveo
i tembloroso velo de la niebla,
lentamente camina por el lívido
paisaje de sus cantos la Tristeza.
Con el temblor de un largo escalofrío
va el Dolor al traves de sus canciones.

I se cumplió el destino.

Así, en la sombra, hermanos, estrechémonos
para hablar del hermano que se ha ido.



Como ave moribunda, ávidamente
se fué en busca del sol, i en lo sombrío
de la selva cayó. Como las aves
fué a ocultar en el bosque el cruel martirio
de su muerte. Revuelan nuestras almas

errantes, ignorando qué escondido
rincon de tierra guarda sus despojos.

I se cumplió el destino.

Así, en la sombra, hermanos, abracémonos
para llorar a nuestro hermano ido.

BIENVENIDA

Al escultor Simón González

Bienvenido, hermano. (Porque aquí en lo arcano de nuestros espíritus, eres nuestro hermano).

Hermano mayor, que antaño dejaste
el hogar i lleno de fé te lanzaste
al país amado en donde el laurel
es mas verde porque la lucha es mas cruel
para conquistarlo; que te fuiste antaño
al país luminoso, al país extraño,

hacia el cual ha siglos camina, camina,
con los ojos puestos en la luz divina
del Arte—la noble, la gran caravana
que va a la conquista de esa luz lejana.

No te conocimos, mas te amamos todos:
porque nos contaron tus largos exodos
al traves de aquel pais encantado
a donde te fuiste, solo i desarmado,
a pelear con móstruos, a reñir con brujos,
—que han como defensa májicos influjos—
a cortar la testa del Dragon vencido
i a robar las botas al Ogro dormido.

I he aquí que llegas como un caballero
vencedor. Ei guido el blanco plumero
sobre la alta frente, que el lauro rodea,
mientras en tus ojos de águila chispea
la llama del triunfo.

I he aquí que todos
con orgullo inmenso medimos los codos
de tu formidable talla de gigante.

Hermano que vienes del pais distante
en donde se da mas verde el laurel
i es de la victoria mas dulce de la miel;
hermano que viene del pais lejano
del Arte, que seas bienvenido, hermano.

DE LA CALLE

Ya se juntan sus cabezas, ya sus cuerpos
dan el ritmo de un abrazo que se inicia.

Es en la plaza pública
i al sol de medio día.

Con los ojos entornados, la muchacha
sueña acaso, prolongando así su dicha.

Los sueños se evaporan
al sol de medio día.

El muchacho quedamente la habla. Lentas
van cayendo sus palabras encendidas.

Vierte lluvia de fuego
el sol de medio día.

Los que vienen presurosos, lentamente
van pasando junto al mozo i a la niña.

En todo se refleja
el sol de medio día.

I los ojos de la buena solterona
lloran lánguida tristeza cuando miran

el turbador abrazo
del mozo y de la niña.

¡Cómo hiere los ojos
el sol de medio día!

TARDES DE LA CIUDAD

A esa hora en que los vidrios reflejan
las llamaradas postrimeras del sol,
las señoritas adorables se asoman
con sus floridos trajes al balcon.

Como un torrente por la calle sonora
van los carruajes de espejeante charol
y dentro de ellos las lucientes chisteras
rien con delicioso buen humor.

En actitudes de afectado abandono
las señoritas están en el balcon:
sobre sus senos se marchitan las rosas
como amorosas almas sin amor.

Buscan sus ojos unos ojos soñados,
ojos que nunca miraron al balcon.
Pasan pupilas anegadas en tédio
i todas al pasar dicen «¡adios!»

La noche cae melancólicamente,
i poco á poco desfallece el rumor
de los carruajes que se van, dilatando
sus luces al pasar frente al balcon.

I en actitudes desconsoladas dejan
las señoritas una a una el balcon.
Tras de las puertas, que jimen al cerrarse,
entona la tristeza su cancion...

LOS LACAYOS

A un libertario

En tanto que tascaban los corceles
el duro freno i sus nerviosos cascos
golpeaban rudamente el pavimento,
decian con voz sorda los lacayos:

—He de arrancarme esta librea innoble
que me hace aparecer como un esclavo.
—Yo tambien aborrezco estos galones
i tendré corazon para arrancármelos.

Arriba, suspendido de su horca,
con su risa de luz reia el blanco
globo de un foco eléctrico i reian
los broches de metal de los lacayos.



Cuando en la reluciente escalinata
surgió la sombra ríjida del amo,
arrastrándose en fuerza de encojerse
subieron al pescante los lacayos.

I miéntras suspendido de su horca
con su risa de luz reia el blanco
globo del foco eléctrico, arrastrábanse
las sombras de los míseros lacayos...

LA CARRETA

Por el camino interminable i blanco
bajo el fuego del sol; por el camino
que los vetustos álamos protejen
con sus ramajes largamente erguidos,
va la tarda carreta dando tumbos
i rechinando, como un monstruo herido
que fuera lentamente, lentamente
arrastrando a lo largo del camino
el enorme dolor de su agonía.

Trémulos van los bueyes, abatidos
en la contemplacion del blanco suelo
que rozan con sus húmedos hocicos,
cuya baba, ahilándose, dibuja
en el polvo arabescos infinitos.

I ante las bestias mudas, siempre mudas
en su eterno tormento, entristecido
como sus bestias y como ellas mudo,
el carretero marcha pensativo
contemplando las huellas que dejaron
los que ántes que él cruzaron el camino.



A la sombra de un sauce cuyos brazos
musculosos subian retorcidos
en actitud desesperada, el triste
convoi cesó de andar.

A un ronco grito
del carretero, los cansados bueyes
se detuvieron, i en señal de alivio
alzaron sus cabezas taciturnas
en una brusca sacudida que hizo
crujir el yugo prolongadamente.



Me acerqué al carretero. Él, distraído, levantaba los brazos sosteniendo la pica de colihue. Un cigarrillo humeaba colgando de sus labios.

Era un viejo aquel rudo campesino i era un atormentado por la suerte.

Me refirió sus desventuras. Dijo que venia del fondo de los campos en marcha a la ciudad. Llevaba al «niño» —i era dulce la voz del buen labriego— moribundo de un mal desconocido, e iba a dejarlo al hospital del pueblo.



Entónces advertí un leve suspiro doloroso surjiendo desde el fondo de la inmóvil carreta. Allí, tendido, con los ojos cerrados, con el rostro pálido i angustiado, estaba «el niño», un mozo de veinte años. De su boca, el aliento escapábase en silbidos.

Cuando al fin mis miradas se apartaron de aquel penoso cuadro, encontré fijos en mí los ojos del labriego, i nunca, nunca podré olvidar el infinito mirar de aquellos ojos, que tenían algo del dolor mudo e incisivo que hai en los ojos de las bestias, cuando ven fulgurar la hoja del cuchillo...



Por el camino interminable i blanco bajo el fuego del sol, por el camino, la pesada carreta fué alejándose...

Sobre los campos de maduro trigo flameaba el sol alegremente, i era como fiesta de luz el áureo brillo de las fecundas sementeras.

Lejos,
jemían tristemente los chirridos
de la carreta en marcha.....

LOS PÁJAROS

Pasábamos por frente de una gran sementera
que lucía su verde traje de primavera.
Caminaban al paso nuestras cabalgaduras
i al ruido en que rompían sus férreas herraduras
se alzaban de improviso, cual cortinas sonoras
las nutridas bandadas de aves merodeadoras.

Carraspeó el viejo Pedro, siguieron sus ojillos
el vuelo atropellado de aquellos pajarillos

i torciendo un cigarro grueso como un garrote, me dijo:

«En esos años era yo un monigote del porte de aquel cardo, pero con eso i todo me acuerdo de las cosas del mismísimo modo que si fueran de este año, lo mismo que si hubieran pasado hace dos dias. En esos tiempos eran inquilinos del fundo por donde caminamos mis padres. Allí abajo, tras de aquellos retamos, en esa laderita donde está la cebada, teníamos el rancho i una cuadra cuadrada para las hortalizas...

Pues, como le decia, llegó un año de aquellos—¡por la Virgen María!— trayendo tanto pájaro, que por mi alma le juro que cuando se encumbraban todo quedaba oscuro.

Talmente como el trigo que se avienta en las eras, caian a puñados sobre las sementeras i eran tantas sus ansias i tan grande su hambruna que no retrocedian ante cosa ninguna.

Era inútil ponerles monos en los potreros, era inútil hacerles sonar latas i cueros e inútil cuanto ingenio malgastaba el patron por librar a los campos de esa condenacion.

Volaban i se iban nada mas que a ratitos i luego, en un descuido, ya estaban los malditos picoteando los trigos que recien apuntaban, escarbando los surcos en donde reventaban las siembras atrasadas i estropeándolo todo.

I de acabar con ellos no se veia el modo...»

Sonrió el viejo Pedro, se rascó la cabeza i siguió su relato con risueña simpleza:

«Pero un buen dia el amo descubrió un artificio para acabar de un golpe con aquel maleficio. Tres fanegas de trigo candeal fueron vaciadas en una gran tinaja y en seguida rociadas con agua de veneno para matar ratones i despues por las siembras unos cuantos peones derramándolas fueron así, como al descuido. ¡Lo que sucedió entónces si que fué divertido! Los pájaros hambrientos, sin el menor cuidado, íntegro se comieron el trigo envenenado. I despues fué lo lindo. ¡Qué caer de avechuchos!

Esa primera tarde no recojimos muchos, pero al dia siguiente ¡por Dios que recojimos! Me acuerdo que con otros pijindillas nos fuimos por aquellos potreros haciendo la cosecha de pájaros i ¡diacho! que la hicimos bien hecha.

No andábamos dos pasos sin hallar a uno de esos condenados de espaldas i con los zancos tiesos. ¡Qué mortandad aquella, por la Vírjen María!

Mas tarde, i para ejemplo yo digo que seria de los que no murieron, quemaron los peones a los pájaros muertos, formando unos montones mas altos que esa yegua. ¡Qué chirriar de malditos! ¡Si al llegarles la llama chiflaban como pitos!

¿I creerá mi amo? A los dos o tres dias volvieron estos diablos con sus algarabías i eran tantos, tantísimos, que el cura dió en la flor de decir que aquello era maldicion del Señor».



En ese instante entramos a una larga avenida llena de sombra i como Pedro, ya concluida su historia, echara la última chupada a su garrote, pusimos, sin hablarnos, los caballos al trote.

LOS GATOS VIEJOS

A María, mi madrina

Perezosos, dormilones,
aman la blandura grata
de los tibios almohadones
i desdeñan a la rata
que rasguña en los rincones.

Ya se estiran soñolientos
e hincan sus uñas sin filo
en los bordados asientos;

ya se acurrucan i el hilo
siguen de sus pensamientos.

Siéntanse frente a la hoguera
donde la olla trepida
i alza su hervor la tetera,
con una oreja tendida
hácia los ruidos de afuera.

Miéntras sus entrecerradas
pupilas observan con
fijeza las endiabladas
piruetas que en el fogon
hacen las llamas doradas.



En la dulce lascitud
de sus ensueños piadosos
se diluyó la inquietud
que animó los borrascosos
años de su juventud.

I ellos que en noches de amores
fueron al claro de luna

galantes conquistadores
a los cuales la fortuna
no escatimó sus favores;

Ellos que en las transparentes
noches de azul i de plata
riñeron como valientes
por el amor de una gata
que habia cien pretendientes,

Desoyen ahora el ruego
de las novias olvidadas
i en el plácido sosiego
de las mansiones calladas
se adormilan junto al fuego.

LA FIESTA DEL ARBOL

Tus cariñosas manos se entrelacen
en derredor del tierno tronco en tanto
que las mias, mis gruesas manos rudas,
en la tierra se hincan, ensanchando
la húmeda cavidad.

Ya el hueco basta
para que dentro de él estienda el árbol
la maraña sutil de sus raíces.

No te canses, mi Amada. Que tus manos
soporten con paciencia el débil tronco;
las mias, que no temen el contacto
de ninguna aspereza, blanda tierra
irán echando adentro por puñados.

Retira ya tus manos cariñosas,
que la tierra sostiene al jóven árbol.

Iérguete, pues, i miénttras voi por agua
quita las ramas mutiladas i hazlo
de la suave manera que tú sabes.

La labor concluida, grato alivio
nos será el descansar sobre la hierba.

Amada, ven i siéntate a mi lado.
Conversaremos del amor, del nuestro
i del de todos i mas tarde, cuando
la luz se haga difusa, tornaremos
al apacible hogar, donde el encanto
de nuestros pequeñuelos nos aguarda.

DIA DE LLUVIA

Sobre el oro enrojecido
de los follajes de otoño
tiende el nutrido aguacero
su amplio velo nebuloso.

Canta el agua en los tejados
con rumor claro i monótono
i de los aleros penden
los entretejidos chorros.

La vieja casa está muda
i sus corredores solos.
Apenas si tras un vidrio
se ve un pensativo rostro.

Un semblante pensativo,
que con mirar melancólico
va siguiendo el fascinante
caer de los claros chorros.

LA FUENTE ABANDONADA

A Nicolas Novoa Valdes

A la húmeda sombra que proyecta el pomposo
follaje de los álamos, está la vieja fuente
recojiendo en su tersa mirada indiferente
la vision austera del bosque misterioso.

Ningun violento ruido turba aquel silencioso
rincon agreste; apenas si canta el sonriente
rumor de un hilo líquido que cristalinamente
desgrana su armonía sobre el agua en reposo.

Fuera del bosque umbrio se bañan las praderas
en sol de tarde; danzan en los rayos dorados
enjambres luminosos de insectos bullidores,

Miéntas bajo los álamos de oscuras cabelleras
la vieja fuente sueña con campos saturados
de sol, de brisas tibias i de aromas de flores.

NIÑOS

A Amalia i Mireya

¡Ah los diablillos encantadores
que hacen la dicha de sus mayores
con su graciosa vivacidad!
¡Ah las risueñas aves humanas
de risas claras como campanas
que repicáran felicidad!

¡Cómo sería triste la vida
si no existieras, oh bendecida

banda de pájaros en libertad!
Sin vuestros cantos, humanas aves,
¡cómo a nosotros, los hombres graves,
nos mataría la gravedad!

Si. Vuestras risas i vuestros cantos
i hasta el ruido de vuestros llantos
forman la música de nuestro hogar.
¡Ai de esas casas de faz sombría
donde no suena la algarabía
de vuestro loco jugar!



¡Sois los felices! En vuestros trajes
lucen las cintas i los encajes
i las alhajas de gran valor.
Para vosotros siempre la suerte
rie alegrías i hasta la muerte
como que os tiene mas compasión.

Sois los mimados de la existencia.
Si pedís algo, vuestra impaciencia
no ha de ser largo tormento, nó.
I si os ocurre pedir la luna,
la tendréis, hijos de la fortuna,
pues nada os niega ni el mismo Dios!

Para vosotros todas las cosas
que causan júbilo por lo hermosas:
monos, juguetes, sable, baston.
Para vosotros las cosas buenas:
todos los dulces de que estan llenas
las dulcerías, bien vuestros son ..



Sois los pilluelos desamparados,
los infelices, los desgraciados
muchachos pobres de la ciudad.
Sois pajarillos flacos i hambrientos,
i vuestros cantos, que son lamentos,
mueven las almas a la piedad.

Lo deseáis todo sin tener nada.
En vuestra sucia faz demacrada
lleváis del hambre la cruel señal.
Sin que os asusten penas ni encierros,
váis por las calles, como los perros,
husmeando el trozo de negro pan.

Para vosotros las amarguras:
los tratos rudos, las frases duras
i hasta el azote torpe i brutal.

Para vosotros ningun regalo.
Para vosotros todo lo malo
que cria el lodo del lodazal.



¡Ah los diablillos encantadores!
¡Cuando unas mismas i frescas flores
las sienes vuestras perfumaran!
¡Cuando, avecillas, alzáis el vuelo
todas unidas, con rumbo al cielo
de la igualdad!

EL BAÑO

A Pedro Jil

En un rincón discreto del parque lejendario
sus muros que recubren viejas enredaderas
alza el baño, al traves de las brumas ligeras
que suben de la tierra como de un incensario.

Dentro de la vacia piscina un solitario
sauce va dejando caer sus postrimeras
hojas, miéntras los sapos desde sus madrigueras
gargarizan las notas de un vibrante rosario.

Flota en aquel recinto misterioso el ensueño
de las blancas mujeres que con reir sonoro
se hundieron en el agua de la piscina aquella.

Todo habla de caricias, i hasta un rayo risueño
del sol poniente, vuela como un beso de oro
que buscara una boca para posarse en ella.

EL VENDIMIADOR A SU AMADA

En los frescos lagares duerme el zumo oloroso
de las uvas maduras. Turbador, amoroso,
es el vapor que sube de los frescos lagares.

¡I tu aliento oloroso como los azahares!



Ayer, cuando en la viña cojías los maduros
racimos, yo observaba los finos, los seguros
perfiles de tus amplias caderas i los llenos
contornos de tus breves i poderosos senos.

El sol quemaba el aire, i caía, caía
sobre mí, i en mi alma no sé qué florecía.
Algo en mí germinaba; algo ardiente, algo rudo.

¡I tus ojos brillantes i tu cuello desnudo!



Ayer, cuando en la viña bañada en sol cojías
los racimos maduros, advertí que reías
con una risa nueva. Tus labios se esponjaban
húmedos, deliciosos... I los míos temblaban.
En torno a tí agrupábanse todas tus compañeras...

¡I la sencilla falda ciñendo tus caderas!



Cuando me quedé solo bajo el sol irritante
descubrieron mis ojos aquel bosque distante
de amarillentos álamos. Nunca había advertido
que existiera aquel bello bosque desconocido.

Caminando por entre las vides deshojadas,
ahuyentando a mi paso las sonoras bandadas
de los pájaros, fuime hacia aquel bosquecillo.
Como oro al sol brillaba su follaje amarillo.

Allí en aquel bosque, todo, todo es amable.
Allí las zarzas tejen un muro impenetrable
i se esparcen las hojas por el suelo, formando
como una alfombra de oro. ¡Si supieras qué blando
tapiz es el que forman las hojas amarillas!

Allí hai rumor de insectos i cantos de avecillas,
pero nada perturba la calma deseada...

¡I tus labios henchidos cual fruta sazónada!



Me interné todo trémulo por aquel bosquecillo
i allí oculto, allí estuve hasta que cantó el grillo.
¿Por qué te esperé tanto? ¿Por qué creí que irías?



Al regreso las sendas todas eran sombrías...

BALADA

En el sendero florido
hai una mancha de sol,
en los ojos de mi amada
brillan dos gotas de sol,
con la alegría de mi alma
se mezcla la luz del sol.

En el húmedo sendero
hai una mancha de sol,
en los ojos de mi amada
no se refleja hoi el sol.

A la tristeza de mi alma
no llega la luz del sol.

AMOROSA

Deja tu mano confiadamente
bajo la mia. Quiero deleitarme
palpando tu piel fina, suave al tacto
i al espíritu.

Deja tu mirada
sobre la mia. Tu mirada es suave
como tu piel i cuando tú la posas
sobre mis ojos, siento suavizarse
todas las asperezas de la vida.

Porque tu encanto es ese, amada mia.

Tú haces que para mí las cosas sean
todas amables. Tú haces que yo encuentre
dulcemente adorables las violentas
llamaradas del sol, plácidamente
onduladas las líneas del paisaje,
serenamente melodioso el canto
de la naturaleza.

Cuando tengo
tu mano entre las mias i en tus ojos
se bañan mis miradas, me parece
que todo es suave como tú, i advierto
que hasta las rocas ásperas poseen
contornos como curvas femeninas.

Cuando tu mano está bajo mi mano
mi adormecido espíritu se olvida
de maldecir la obra de los malos.

Porque tu encanto es ese, amada mia:
hacerlo suave i endulzarlo todo.

EL BESO

Asi como armoniosa i dulcemente
confunden dos amantes sus sonrisas,
mezclaban sus risueñas claridades
la luna entrante i el naciente dia.

Como una espesa sucesion de velos
que fueran descorriéndose a medida
que el tiempo adelantara, asi las sombras
ante la nueva luz se descorrían

dejando ver la forma de las cosas:
el perfil de los árboles, las líneas
de las tapias i el ríjido contorno
de las chozas oscuras i dormidas.

Con lentitud de ensueño fué acentuándose
la blancura del alba i a su tímida
luz, las coloraciones del paisaje
surjieron vagamente, como vistas
al traves de una bruma temblorosa.



Primeramente fué la cristalina
cancion de un pajarillo la que en medio
del silencio rodó como una risa.
Luego, el clarín agudo de los gallos
i el ruidoso aletear de las gallinas
i el cálido mujir de las vacadas
i el murmullo armonioso de las brisas
al ajitar las hojas de los árboles
i sacudir las bulliciosas cintas
de los verdes maizales.

Aun la noche
con sus oscuros velos protejia
el dichoso misterio de las frondas.

Aun la noche no entregaba al día
todo su imperio; aun quedaban sitios
donde se condensaba la infinita
vaguedad de las sombras: bajo el ala
de las chozas informes, a la orilla
de las tapias vetustas i en lo interno
de las huertas cerradas i tupidas.



Tras un leve crujir de hojas i tallos
avanzó en la penumbra la indecisa
silueta de un muchacho, i luego, al cabo
de breve instante, silenciosa i tímida
cual una oveja mansa, reunióse
con el mozo una sombra femenina,
delicada i flexible como tierna
planta de primavera. En la tranquila
soledad matinal los dos muchachos
hablaron largamente, i cuando arriba,
en el campo infinito de los cielos,
floreció una rosada nubecilla,
precursora del sol, en un impulso
de pasión invencible, la encendida
boca del mozo se aplastó con furia
sobre los rojos labios de la niña.

Después se separaron bruscamente...

Ese beso salvaje, esa caricia frenética, dejó imborrable huella en el rústico amante. Todo el día sintió en sus labios ásperos el roce suave i dulce de aquella boca henchida de sazonados besos. Ni el cansancio de la ruda labor, ni la fatiga de la sed, ni el tormento cruel del hambre lograron que olvidara la bendita impresion que dejaron esos labios de mujer en su boca enardecida.

Era la vez primera que el muchacho conociera el sabor de una caricia, i a lo largo de toda la jornada bajo el radiante sol, en su bravía faena de romper la dura tierra, hacía él retornaba la divina impresion de esos labios i en su alma rebrillaban el sol i la alegría.

Nunca fué para él mas blanda i fácil la campestre labor; nunca las brisas trajeron hasta él tantos aromas; nunca la luz del sol brilló tan límpida; nunca fueron los árboles tan verdes ni fueron las praderas tan floridas;

nunca fué mas azul el firmamento
ni las aguas jamas tan cristalinas...



Aquella tarde su alma se hizo tierna
i al descubrir la enamorada cita
de una jóven pareja, torció el rumbo
para no perturbarla en sus caricias.

I cuando descendieron sobre el campo
la sombra i el silencio, en la bendita
quietud de la cabaña, el buen muchacho
soñó que con sus labios oprimia,
en un beso mui dulce i prolongado,
la boca roja i suave de la niña...

EL REGRESO

Me detuve en la entreabierta
puerta de mi oscuro hogar
i besó mi boca yerta
aquella bendita puerta
que me convidaba a entrar.

Mi corazon fatigado
de luchar i de sufrir,
cuando escuchó el sosegado

rumor del hogar amado
de nuevo empezó a latir.

Fué como el lento regreso
de la muerte hácia la vida;
como quien despierta ileso
tras fatal caída al beso
de alguna boca querida.

Adentro una voz serena
decía cosas triviales
i había un dejo de pena
en esa voz suave i llena
de cadencias musicales.

La voz suave de la esposa
despertó mi corazón;
aquella voz amorosa
que en otra edad venturosa
me arrulló con su canción.

Desfallecido de tanto
batallar i padecer,
llevando en los ojos llanto
i en el alma desencanto,
llegué ante aquella mujer.

Caí junto a su regazo
i en él mi cabeza hundí
i unidos en mudo abrazo
de nuevo atamos el lazo
que en mi locura rompí.

Ni reproches ni jemidos...
Sólo frases de perdon
brotaron de esos queridos
labios empalidecidos
por tanta i tanta afliccion.

—«Llora, llora—me decia—
Yo sé que llorar es bueno»...
Mudo mi llanto caia
i ella mi llanto bebia
i me estrechaba a su seno.

Nunca, nunca he de olvidar
sus palabras de cariño
ni el amoroso cantar
con que tras lento llorar
me hizo dormir como a un niño.

ELLA DICE:

Sus ojos suplicantes me pidieron
una tierna mirada i por piedad
mis ojos se posaron en los suyos...

Pero él me dijo: ¡mas!

Sus ojos suplicantes me pidieron
una dulce sonrisa i por piedad
mis labios sonrieron a sus ojos...

Pero él me dijo: ¡mas!

Sus manos suplicantes me pidieron
que les diera las mias i en mi afan
de contentarlo, le entregué mis manos...

Pero él me dijo: ¡mas!

Sus labios suplicantes me pidieron
que les diera mi boca i por gustar
sus besos, le entregué mi boca trémula...

Pero él me dijo: ¡mas!

Su sér, en una súplica suprema,
me pidió toda ¡toda! i por saciar
mi devorante sed, fui toda suya...

Pero él me dijo: ¡mas!

DICE ÉL:

La pedí una mirada i al mirarme
brillaba en sus pupilas la piedad
i sus ojos parece que decian:
¡No puedo darte mas!

La pedí una sonrisa. Al sonreirme
sonreia en sus labios la piedad
i sus ojos parece que decian:
¡No puedo darte mas!

La pedí que sus manos me entregara
i al oprimir las mias con afan,
parece que en la sombra me decia:
¡No puedo darte mas!

La pedí un beso, ¡un beso! i al dejarme
sobre sus labios el amor gustar,
me decia su boca toda trémula:
¡No puedo darte mas!

La pedí en una súplica suprema
que me diera su sér... i al estrechar
su cuerpo contra el mio me decia:
¡No puedo darte mas!

VIAJE DE ENSUEÑO

A Fernando Santivan

Todas las tardes recorro
la misma empinada senda
que del alto acantilado
por la orilla serpentea.

Abajo el mar en reposo
canta su cancion eterna
tejiendo blancos encajes
al rededor de las peñas.

Todas las tardes desciendo
la misma ondulada senda
que al viejo muelle conduce
de la escondida caleta.

Viejo muelle todo lleno
de soledad i tristeza,
nunca un viajero lo cruza,
nunca un barco a él se allega.

Cruje su añejo tablado
i su fábrica retiembla
cuando las pesadas olas
en sus pilotes se estrellan.

Sus enmohecidos hierros
se exfolian como cortezas
i hai musgos verdes i rojos
en sus roñosas maderas.



Todas las tardes mis pasos
en aquel muelle resuenan;
todas las tardes, de codos
me afirmo en su delantera.

Ante mis ojos se estiende
del mar la llanura inmensa;
el sol en el horizonte
roja lámpara semeja.

Leve i azulada bruma
del mar en calma se eleva
i entre la bruma una barca
surje i al muelle se acerca.

Viene la barca en silencio;
callada, callada llega.
Echado sobre la borda
veo un hombre entre la niebla.

I entónces grito:—Buen hombre!
Te daré lo que tú quieras
si me admities en tu barca
i al pais que amo me llevas.

El buen hombre nada dice,
pero su mano hace señas
i sin detenerme bajo
por la escala que el mar besa.

Bajo i abordo la barca
que entre la bruma se interna
i en silencio, lentamente,
del viejo muelle se aleja.

I boga i boga.—Un abismo
de blancura la rodea.
I boga la barca en busca
de la anhelada ribera.

I se vá la luz. La blanca
bruma tórnase en espesa
sombra que todo lo envuelve...
I la barca boga, vuela.

Pasan las enormes olas
en rumorosa carrera
i el viento zumba en la quilla
i es la noche inmensa, inmensa...

—Atraca!—una sombra grita.
La barca al muelle se acerca
i sin detenerme subo
por la escala que el mar besa.

I cuando me encuentro arriba
mis pasos tristes resuenan
sobre el muelle abandonado
de la escondida caleta.



Todas las tardes la barca
por entre la bruma llega.
Echado sobre la borda
viene un hombre i me hace señas.

Todas las tardes me embarco
en la barca que se aleja...
que boga, que boga en busca
de la anhelada ribera.

I todas las noches mi alma
desfallece de tristeza
cuando de nuevo en el muelle
mis lentos pasos resuenan....

EL JARDIN SECRETO

....Invincible Amour, ô toi qui fonds sur
les riches maisons, qui reposes sur les
joues délicates de la jeune fille, qui passes
les mers et visites les étables, aucun des
Immortels ne peut te fuir, ni aucun des
hommes qui vivent peu de jours; et qui te
possède est en délire.

ANATOLE FRANCE.

*A ti, hermosa mujer que el nombre llevas
de una flor, i que Flor eres tú misma
de Belleza, dedico estos cantares.*

*He pretendido aprisionar en ellos
algo, nada mas que algo de lo mucho
que me has hecho sentir; siquiera un vago
reflejo de la adoracion ardiente
que en mi encendiste.*

*El mundo separábanos
i el amor nos unió. Tus rojos labios
me tendiste por cima del cercado
i ávido de alcanzarlos, salvé todos
los tropiezos que habia en el camino
i me empiné a la altura de tu boca
i el sabor de tus labios, en mis labios
perdura todavía...*

*Como el sol, el amor viene del cielo.
Para él todo muro es cosa vana
i, en su largueza inagotable, sobre
todas las heredades su luz vierte,
sin cuidarse de si ellas tienen dueño
o nunca lo tuvieron; sin cuidarse
de si estan o no estan amuralladas.*

*Que mis versos, amada, te recuerden
nuestras horas de sol.*

EL SONETO DE ARVERS

(Traduccion)

Hai en mi alma un misterio i un secreto en mi vida:
una pasion eterna, de súbito formada.
Oculto llevo en mi alma la irremediable herida
i aquella que la hizo nunca ha sabido nada.

Inadvertido paso junto a la bien amada,
siempre a su lado i siempre solitario. Cumplida
veré sobre la tierra mi sombría jornada
sin pedir ni alcanzar la dicha apetecida.

Ella, a quien Dios ha hecho dulce i buena, su senda prosigue distraida, sin que su oído atienda el murmullo amoroso que en pos dejando va.

Fiel al deber austero i apegada a su huella, dirá al ver estos versos, inspirados por ella:
—¿Qué mujer será esa?—I no comprenderá...

LA CONFESION

Yo llegaré ante ella i la diré:—Perdona
si mi boca el secreto de mi alma traiciona.

Como guarda la tierra la simiente, he guardado
la pasion indomable que en mi pecho has sembrado.
Oculto en lo mas hondo de mi sér he tenido
este amor invencible, que me tiene vencido.
Durante muchos claros i sonrientes dias,
durante muchas noches dolientes i sombrías

he sentido en el fondo de mi espíritu el lento crecer de este delirio, que momento a momento tejió con sus raíces las fuertes ligaduras que mi sér esclavizan. Durante las oscuras noches de mi martirio, la escondida simiente ha jerminado en mi alma fatal i lentamente. I crecen sus raíces i acaso crecen tanto porque continuamente las riego con mi llanto.

Yo llegaré ante ella i la diré:— Perdona si la pasion me vence i el amor me traiciona. Como el jérmen que entreabre la cárcel que lo encierra rasgando las fecundas entrañas de la tierra, la simiente amorosa que he llevado escondida fatalmente desgarrar mi alma dolorida. Como tallo que rompe la corteza del suelo, como planta que tiende sus ramas hácia el cielo, como arbusto que asoma por agrietada roca, asi, con fuerza indómita, florecen en mi boca las vitales palabras tanto tiempo guardadas. Ya recobrar no puedo mis fuerzas agotadas, ya me matan las penas de este vivir inquieto, ya es vano que pretenda conservar mi secreto! Mi voz se torna trémula de amor cuando te llamo i mis labios murmuran: yo te amo!... Yo te amo...

CANTO DE OTOÑO

Ella era hermosa i era buena,
con la hermosura de una diosa
i la bondad pura i serena
de una mujer buena i hermosa.

La sonreí... Nos sonreimos.
Se me acercó... Nos acercamos.
La comprendí... Nos comprendimos.
Me celebró... Nos celebramos.

Pero el mundo dijo que aquel era amor
i toda mi dicha se trocó en dolor.

Como a la flor la mariposa,
como a la brisa la azucena,
asi la quise. Ella era hermosa
ella era hermosa i era buena.

Yo me gozaba en su hermosura
i ella mi ingenio celebraba.
Nuestra amistad era bien pura
i nada nos atormentaba.

Pero el mundo dijo que aquel era amor
i toda mi dicha se trocó en dolor

Yo no podia estar sin ella:
juntos pasábamos el dia.
Yo la miraba, ¡era tan bella!
Yo la miraba, ella me oía.

Nuestros discursos eran graves,
nunca el amor apuntó en ellos.
(Nunca aludí a sus manos suaves
ni a la luz de sus ojos bellos).

Pero el mundo dijo que aquel era amor
i toda mi dicha se trocó en dolor.

Yo la quería dulcemente:
era un querer como un ensueño.
La habria amado locamente
si no hubiera tenido dueño.

Pero era esclava de un esposo
i nunca habria de ser mía
i por eso era yo dichoso
con el querer que la tenia.

Pero el mundo dijo que aquel era amor
i toda mi dicha se trocó en dolor.

Una mañana nebulosa
me separé con honda pena
de esa mujer buena i hermosa
como una diosa hermosa i buena.

Ella se fué... Pero yo sigo
queriéndola como en un sueño.
Su imájen vá siempre conmigo
i de esa imájen soi el dueño.

I ahora mi alma piensa en su dolor:
¡Bien decia el mundo que aquel era amor!

LA HUELLA EN EL MURO

Ahí en el pintado muro
su huella el lápiz dejó.
Cuando contemplo esa huella
se me oprime el corazón.

Dos rayitas temblorosas,
una arriba i la otra en pos;
no es mas la huella que el lápiz
en aquel muro dejó.

Pasarán por frente al muro
muchos ojos, pero no
logrará leer ninguno
lo que el lápiz escribió.

Dos rayas imperceptibles
perdidas en la estension
de un muro, en verdad no es cosa
de sencilla traduccion.

I sin embargo, ¡cómo hablan
a mi pobre corazon
las dos rayas temblorosas
que el lápiz allí trazó!



¿Te acuerdas, corazon mio,
cuando ella su cuerpo irguió
ante ese muro i mi lápiz
su estatura señaló?

Ella reía diciendo
que era mas alta que yo
i fuí entónces ante el muro
i ella mi altura midió.

I allí quedaron dos rayas
temblorosas, como dos
signos que nadie comprende
i que sólo entiendo yo.

Al mirarlas, en mi mente
surje la hermosa vision
de su bello cuerpo erguido
para que lo mida yo.

I recuerdo el delicioso
acento con que una voz
dijo: «Pero qué armoniosa
pareja formáis los dos»...



Allí estan las dos rayitas
i ante ellas mi corazon
siente otra vez el perfume
de aquellos dias de amor.

La casa está solitaria,
no se oye ningun rumor.
Calladamente el recuerdo
va por mi imajinacion.

I ante el muro, donde el lápiz
su débil huella dejó,
veo el alto cuerpo erguido
para que lo mida yo.

EN SILENCIO

Nunca te hablé de amor, amada mia,
i aun ahora me resisto i dudo...
Toda palabra me parece fria
i en su continuo arder, mi amor es mudo.

Mudo, con el recóndito mutismo
de todo aquello que grandeza entraña;
mudo, asi como es mudo el hondo abismo,
mudo, asi como es muda la montaña.

Mudo, con el mutismo pudoroso
de todo aquello que es delicadeza:
como es mudo el aroma vagaroso
que la flor vierte cuando el sol la besa.

CANTO DE PRIMAVERA

Primavera, primavera,
si haces florecer las rosas,
haz que para mí florezcan
las sonrisas de su boca.

Primavera, primavera,
si haces que florezca todo,
haz que para mí florezcan
las miradas de sus ojos.

Primavera, primavera,
si tu virtud fuera tanta,
haz que para mí florezcan
los amores de su alma.

Primavera, primavera,
si es tu poder tan inmenso,
haz que para mí florezcan
sus apasionados besos.

CARTA

¿Que te hable de mi amor i en encendidas
palabras te describa lo que siento?
Si en verdad eres buena, no me pidas
que haga mas doloroso mi tormento.

Si no debes amarme, si el destino
te separa del hombre que te adora,
déjame seguir solo mi camino,
solo con el amor que me devora.

Déjame proseguir mi áspera senda
cargado de pasión i de amargura,
pues vedado me está plantar mi tienda
bajo el divino sol de tu hermosura.

Déjame solo, aunque el dolor me abrume,
oh tú! cuya belleza reverencio...
Sobre mis labios, que el amor consume,
puso su mano ríjida el Silencio.

No puedo hablarte de mi amor. El mundo
el eco de mi voz recojería.
Por tí debo ocultar mi amor profundo,
por tí debo callar, amada mía!

Seguiré mi fatal peregrinaje,
la vida cruzaré con paso incierto,
i en mi ruta serás lo que el miraje
para los caminantes del desierto...

SUS OJOS

Si: ya sé que no debo pensar en ella...
Que está de mí tan lejos como esa estrella
que desde el firmamento su luz derrama.
Sé que todo es un sueño.. que no me ama.

Pero cuando me dicen: «no la recuerdes»
parece que me miran sus ojos verdes.

Si: ya sé que es locura lo que yo anhelo;
que estoi tan léjos de ella como del cielo;
que nunca será mia.. ¡Si, no lo ignoro!
Pero apesar de todo ¡cuánto la adoro!

Ai! esos que me dicen: «no la recuerdes»
no saben cómo miran sus ojos verdes!

MIRAME

Mírame, amada mía. En tus pupilas
quiero leer el íntimo poema
de nuestro mudo amor. En tus pupilas
verdes como el océano, serenas
como un cielo tranquilo, misteriosas
como una lejanía mui inmensa,
quiero soñar el silencioso idilio
de nuestro mudo amor. Mírame, deja
que mi alma i la tuya se confundan
en el fulgor de una mirada eterna...

Tú lo has dicho, amor mio. Las palabras
no espresaran jamas con tal belleza
lo que los ojos dicen. Las palabras
son heladas, son ríjidas, son muertas...
I las miradas arden como llamas,
i son suaves, cual labios que se besan,
i viven i hablan el divino idioma
que hablan, allá en el cielo, las estrellas.

Mírame siempre, mírame a los ojos,
mírame como el sol mira a la tierra,
como el cielo infinito al mar profundo,
como el astro a la fuente que refleja
la pudorosa luz de su mirada...

Mírame, amada mia. ¡Si supieras
cómo de dicha mi alma desfallece
cuando tus ojos en los mios dejas!
¡Si contemplar pudieras cómo acuden
todos mis sentimientos a la fiesta
que se realiza en mí cuando tus ojos
me miran largamente! ¡Si pudieras
penetrar en mi espíritu, oirias
el himno melodioso que se eleva
dentro de mí, cuando tus bellos ojos
vierten la viva luz de una promesa...

Mírame, amada mia, i en silencio
dame en una mirada tu alma entera!

CARTA A NOEL

Padre Noel: me han dicho todos los niños
que siempre a los pequeños tu amistad brindas;
que cuando envuelto llegas en tus armiños,
junto con el regalo de tus cariños
les traes en obsequio mil cosas lindas.

Me han dicho los pequeños que cuando suena
la campana entre el ruido de las cohetes
i el cantar de los gallos de Noche Buena,
tú vácias sonriendo tu alforja llena
de dulces, de bombones i de juguetes.

Que traes en tu alforja maravillosa
cuanto de bello puede soñar la mente
i que basta pedirte cualquiera cosa,
por rara, por espléndida ó por hermosa,
para que tú la traigas piadosamente.



Aunque del desengaño probé el veneno
i aunque he visto enlodados muchos armiños,
de amor i de ternura siempre estoi lleno...
Padre Noel: te juro que yo soi bueno,
i si dudas pregúntaselo a los niños.

Si piensas que no es cierto lo que te digo,
Padre Noel, pregúntale a los pequeños
i te dirán que juegan junto conmigo,
que son sus ilusiones las que persigo,
que lo que mi alma sueña son sus ensueños.

Te dirán que como ellos yo me enamoro
de todo lo que encierra profundo arcano:
que es siempre lo imposible lo que yo adoro,
que dejo lo sabido por lo que ignoro
i que amo todo aquello que está lejano.



Padre Noel: si es cierto, si no es mentira
lo que de tí me han dicho los pequeñuelos,
dale a mi alma el contento porque suspira,
dale a mi sér la dicha porque delira,
tráeme a la que es dueña de mis anhelos!

Cuando en la noche tibia surja serena
la Estrella misteriosa i al cielo en calma
se eleven los cantares de Noche Buena,
Padre Noel, no olvides mi oscura pena,
no olvides que la quiero con toda el alma!

Acuérdate que en medio de la alegría
que posee a los grandes i a los pequeños
aguardaré en silencio la Pascua mía...
Padre Noel: ¡no dejes que me halle el día
contemplando la fuga de mis ensueños!

LA MISA AL AIRE LIBRE

El aire fresco tenia olor a flores.
Bajo los olmos altos, susurradores,
estaba el altar cuajado de primores.

La bella Virgen entre cirios se erguía:
su amorosa faz al cielo sonreía
como tú me sonríes, amada mia...

Por entre el limpio primaveral follaje
con hilos de oro, en movible miraje,
teja el sol un maravilloso encaje.

Ante el blanco altar, con su capa florida,
rebrillando al sol la tonsura pulida,
el cura inclinaba su frente rendida.

Miéntras los fieles, llenos de devocion,
postrados decian la eterna oracion
que zumba con el zumbar del moscardon.



El aire fresco entre las hojas jugaba
Yo miraba a la Vírjen bella i pensaba
en tí, mi amor, i por tí le suplicaba:

—Bella Vírjen Madre, mi ruego escuchad.
Si ella es toda hermosura, toda bondad,
dale, Vírjen, tambien, la felicidad.

Así le decía a la Vírjen hermosa
i los árboles con su voz rumorosa
hacian coro a mi oracion silenciosa.



Bajo el rubio sol, mi súplica seguia:
—Porque la dicha, que ignora todavia,
llene su alma, haz que me ame, Madre mia.

Porque mi Flor conozca el amor de ensueño,
—no conoce mas amor que el de su dueño—
haz que me ame en la vijilia i en el sueño.

Porque ella olvide todas las estulticias
del torpe amor i goce con las delicias
de lo ideal, entrégala a mis caricias.

Así le pedia a la Vírjen hermosa
i los pájaros con su voz melodiosa
hacían coro a mi oracion silenciosa.



La Madre Vírjen dulcemente sonrió.
La Vírjen bella, ¿mi súplica escuchó?
Eso tú lo sabes, mas lo ignoro yo...

NADIE VE, NI TÚ MISMA...

Como el rayo de sol que envuelve al árbol
i que hace florecer todas sus ramas;
como la onda de agua cristalina
que dá al rugoso tronco fresca savia,
así en redor de mí, como un divino
efludio que hace florecer mi alma,
asi como la onda cristalina,
dándome un vigor nuevo estás, mi amada.

Como la flor su aroma, como el rayo
de sol su aura ardiente, como el agua
su frescura vital, así te llevo
conmigo, así de mi nunca te apartas.
Ante mi vista erguida te hallo siempre,
siempre estás al final de mis miradas:
te ven mis ojos cuando estoy despierto
i si dormido estoy te ve mi alma.

Aunque nunca se unieron nuestras bocas
i nunca nuestros brazos en guirnalda
de amor entrelazáronse mis labios
están sobre tu boca perfumada
contínuamente. Nadie, ni tú misma,
nadie ve con qué dulce, con qué blanda
suavidad van mis labios oprimiendo
tu boca tan pequeña i tan amada...

Nadie ve, nadie ve cómo rodean
mis brazos tu cintura delicada;
cómo mi cuerpo roza el cuerpo tuyo,
cómo te estrecho a mí, cómo te palpan
mis manos temblorosas. Nadie advierte
cómo, ávido de tí, caigo a tus plantas!
Nadie ve, ni tú misma, que te adoro
con toda la ternura de mi alma...

BALADA DE LA VENTANA

Yo veía el cielo por una ventana,
hoi ya no lo veo porque está cerrada.

Dulce Primavera que el bosque engalanas
dándole retoños color de esperanza,
tú que en los jardines, por arte de májia,
vistes los rosales de nieve i de grana;
tú que por el mundo la dicha derramas,
tú has visto a la hermosa por quien pena mi alma
que me sonreía desde su ventana.

Ardiente Verano que la tierra abrasas
con el calcinante beso de tus llamas;
tú que haces que canten las ébrias cigarras,
tú que en miel conviertes todo lo que sávia,
tú que el cuerpo enervas i la mente inflamas,
tú has visto a la hermosa por quien pena mi alma
que me hacia señas desde su ventana.

Sollozante Otoño que una a una arrancas
las hojas i dejas desnudas las ramas;
tú que echas las nieblas como una mortaja
sobre las campiñas que duermen calladas;
tú que el canto entonas de lo que se acaba,
tú viste a la hermosa por quien pena mi alma
cuando para siempre cerró su ventana.

Descarnado Invierno, con tu nieve apaga
la pasion ardiente que mi sér inflama.
Tú que al mundo hielas, hiela con tu escarcha
la imájen de fuego que mi mente abrasa.
Tú que el cielo nublas, bórrame del alma
la vision de aquella mujer adorada
que me sonreia desde su ventanal

ERES....

Eres hermosa como las reinas de los cuentos ..
Son tus jestos tranquilos, nobles tus movimientos
i cuando el alto cuerpo iergues, mujer divina,
tu orgullosa cabeza réjiamente domina
por sobre la cabeza de las demas mujeres.

Eres un sér magnífico. Uno de aquellos séres
a que da vida nuestra Madre Naturaleza
porque se sacie en ellos nuestra sed de belleza.

Todo en tí es hermosura: desde el suave cabello hasta el pié breve. En todo tu cuerpo existe el sello de una armonia espléndida.

Miras i a tus miradas
todas las almas quedan hondamente turbadas;
sonries i el enigma de tus vagas sonrisas
deja a todas las almas suspensas, indecisas
entre el temor punzante de algo amargo i crüel
i la esperanza de algo dulce como la miel.



Ante el supremo encanto de tu belleza altiva
quedó inmóvil mi espíritu. Como la llama viva
detiene de la fiera la marcha recelosa,
mis pasos detuviste, ¡oh blanca i luminosa
mujer que a Dios le plugo poner en mi camino!

Absorto, deslumbrado, me encuentro ante el divino
fulgor que te rodea, mi hermosa soberana,
bella mujer mas bella que una diosa pagana!

Mas bella, porque llevas en tu cuerpo la vida,
porque en tu pecho llevas la pasion escondida,
porque de amor tu seno dulce promesa encierra,
porque no eres un sueño de la imaginacion...
¡Porque has amado, i amas, i tienes corazon!

ES UN TORMENTO...

Es un tormento de todas las horas
esto de nunca poder estar solos,
esto de siempre mirarse a hurtadillas,
esto de nunca decírselo todo.

Esos oídos que todo lo escuchan,
que estan pendientes de lo que nosotros
nos confiamos con voz contenida...
¡Qué me oiga Dios i que se queden sordos!

Esas pupilas que todo lo miran,
que siempre estan clavadas en nosotros
escudriñando todo lo que hacemos ..
¡Qué me oiga Dios i cieguen esos ojos!



Será una dicha de todas las horas
el estar juntos aun no estando solos...
Cuando no vean aquellas pupilas
cuando aquellos oidos esten sordos!

EL SENDERO

Mi amor lo tengo comparado
con un sendero de ilusion:
por él entréme descuidado
i no sé ahora adonde voi.

Abierto i fácil cuando entré,
a poco andar se enmarañó;
seguí por él i ya no sé
ni adonde va ni a adonde voi.

Cuando los cardos me cercaron
quise invertir mi direccion.
Ellos el paso me cerraron
i ahora ignoro adonde voi.

Este sendero es un bajar
i es un subir fascinador;
mis pies caminan sin cesar
i siempre ignoro adonde voi.

Rumor de abismo escucho a veces
oigo despues cantos de amor,
temores tengo i languideces
i no sé nunca adonde voi.

A veces voi por una alfombra
de flores bellas bajo el sol
i a veces húndome en la sombra
sin saber nunca adonde voi.

¿Lleva a la gloria este sendero,
o lleva a la condenacion?
Tú me dijiste: «Allá te espero».
I voi, e ignoro adonde voi.

Oh! cuánto tiempo que camino ..
Atras, atras mi hogar quedó
i en él mi esposa hilando el lino.
¡I me alejo, i no sé adonde voi!

LA CANCION DEL BESO

Perdóname, linda,
porque fuí indiscreto.
Mi dicha no pude
tenerla en secreto.

Mi boca embriagada
con aquel sabor
que probó en tus labios
todo lo contó.

Yo le dije:—calla,
cállate mi boca ..
Pero contenerse
no pudo, la loca.



A mis bellas rosas
les conté el suceso:
—¿Sabéis, flores mías?
Ella me dió un beso.

A las mariposas
que aman a mis flores
les dije:—En su boca
gusté miel de amores.

A los soñolientos
árboles del huerto:
—Decidme si me hallo
dormido o despierto.

Les dije a los pájaros:
—Os voi a enseñar:
se juntan las bocas
i surge el cantar.

A las frescas aguas
del claro arroyuelo:
—Tambien va mi alma
reflejando el cielo.

I al cielo tranquilo
como un lago en calma:
—Mas que tú es inmensa
la dicha de mi alma.



Ya todos comentan
el grave suceso.
Ya ni el viento ignora
que me diste un beso.

Ya lo sabe el cielo,
sábenlo las rosas
i el agua i los pájaros
i las mariposas.

Perdóname, linda,
porque fuí indiscreto.
¡No pude, no pude
guardar el secreto!

DULCE DUDAR

Me has hecho tan feliz, mujer divina,
que de un dulce dudar mi alma está llena:
no sé si es el amor quien me domina
ó si es la gratitud quien me encadena.

Si lo que en tí amo mas es tu hermosura
ó es tu noble bondad, aun lo ignoro
sólo sé que es inmensa mi ternura,
que bendigo mi suerte... ¡i que te adoro!

EL PASEO SOLITARIO

Ya estoi solo, mi amor. Tras el penoso
ascender por atajos i quebradas
domino la estension del mar ruidoso,
cuyas olas se rompen en cascadas
al pié del farellon en que reposo.

El mar, la soledad... Allá la ardiente
fulguracion del sol que ya declina
i abajo un remover de espuma hirviente
i un chorrear de agua cristalina
que está corriendo interminablemente.

El mar i el cielo en lo alto separados
poco a poco se acercan, se confunden,
cual dos enormes cuerpos enarcados
i ya en el horizonte, ámbos se funden
como en un beso dos enamorados.



Ya estoi solo, mi amor. Estar contigo
en esta soledad fuera mi anhelo;
solos ante el océano, al abrigo
de estas rocas i bajo este áureo cielo
que alegre rie como un rostro amigo.

Tener sobre mi hombro reclinada
tu cabeza i posar en tus pupilas
mis ojos i beber la luz dorada
de tus pupilas verdes i tranquilas
que miran como un mar hecho mirada.

Tenerte aquí, mientras el mar desfloca
sus espumas jugando entre las peñas;
tenerte aquí, sobre esta erguida roca
i preguntarte suavemente:—¿sueñas?
i unir despues mi boca con tu boca.



Para decirte lo que mi alma amante
callado guarda, pues no halló el momento
de decírtelo a solas i anhelante
contarte todo, todo lo que siento,
quisiera estar contigo en este instante.

Aqui en la soledad, a la difusa
claridad del crepúsculo marino,
encendida en amor mi alma i confusa
de placer, te hablaria en el divino
idioma en que el poeta habla a su musa.

Aqui en la soledad de este paraje
donde ojos no hai que miren a hurtadillas
ni oídos prestos al espionaje,
yo a tus pies caeria de rodillas
como cae ante el ídolo el salvaje...



Ya estoi solo, mi amor. El viento azota
las olas que en rebaños tumultuosos
atropelladas van. Un barco flota
i abre i cierra sus remos luminosos
en un blanco aleteo de gaviota.

I prefiero estar solo, amada mia,
porque allá al lado tuyo está el tormento
de ver que en todo hai un mirar que espía,
de hallar en todo un escuchar atento
que oye cuanto mi boca te confía.

Si! Prefiero estar léjos del encanto
que de tu sér divino se desprende
i recordar tu imájen que amo tanto
mientras resuena el mar i el cielo enciende
las luminosas flores de su manto.



Porque en la soledad ámplia i desnuda
que me envuelve, mi boca se liberta
de la mordaza que la tiene muda
i con gran voz te llama i no despierta
ni un eco hostil mi voz ardiente i ruda.

Porque en la soledad te llamo i vienes
i a mí te acercas llena de ternura
i me dejas besar tus blancas sienes
i el prodijio admirar de tu hermosura
sin que las ánsias de mi amor refrenes.

Porque en la soledad con alegría,
vienes al lado mio i soi tu dueño;
porque en la soledad mi fantasía
realiza en tí su mas soñado sueño
i en mis brazos te estrecho, i eres mía!



Va la luna bogando como una
barca que se tumbó del lado izquierdo.
Volveré por aquella blanca duna
i alumbrarán mi senda tu recuerdo
i la luz misteriosa de la luna.

EL ROMPIMIENTO

En un chispazo de orgullo,
ó de dignidad (i creo
que quizás fué de amor propio)
la eché en cara mi desprecio.

Ella quiso disculparse,
quiso defenderse, pero
yo no la escuché i entónces
su boca guardó silencio.

Calló su boca i hablaron
sus ojos. ¡Lo que dijeron
esos adorados ojos
en su mirar altanero!

Aun me parece mirarlos.
Me parece que aun siento
cómo rasga mi alma el filo
de esa mirada de hielo.

I nos separamos. Ella,
dominando en un esfuerzo
de valentía el desmayo
de su alma i de su cuerpo.

Yo con las pupilas húmedas
i con un nudo en el pecho,
sin saber adonde iria,
tambaleando cono un ébrio.

I poco a poco, a medida
que caminaba i mas léjos
veia su casa muda,
mas crecía mi tormento.

Era un dolor crüel, como
si me arrancaran los nervios.
Era como si mi alma
se hubiera quedado dentro

de aquella casa querida
i al alejarse mi cuerpo
tirara de ella i sus fibras
fuera una a una rompiendo!



Pasan i pasan los dias
i no pasa mi tormento:
mi alma sigue allá prendida
i tira de ella mi cuerpo.

Es una angustia constante,
i es un padecer eterno
i es un sufrir sin alivio
i es un dolor sin consuelo.

Continuamente en mis labios
está el sabor de sus besos;
continuamente me embriaga
el aroma de su cuerpo.

Para ella, al despertar,
es mi primer pensamiento:
i estoi en ella pensando
a toda hora i momento.

Cuando por la noche apago
la lámpara, en ella pienso
i en el fondo de la sombra
la ven mis ojos abiertos.

La ven mis ojos, erguido
el alto i hermoso cuerpo,
tan bella como la Vírgen
Maria que está en los cielos.

I hallo que mi almohada es dura,
i helada, helada la siento
porque una vez mi cabeza
recliné sobre su seno.

I cuando desfallecido
de sufrir los ojos cierro,
mi espíritu está con ella
i ella está en todos mis sueños.



Maldito orgullo i maldita
dignidad de aquel momento!
Creí que ya no la amaba
i estoi por su amor muriendo...

EL ADIOS

Me volveré a mis campos
o me iré junto al mar
por ver si acaso encuentro
mi alma en la soledad.

Mi alma ahora perdida,
que no sé donde está,
que con afán la busco,
que no la puedo hallar.

Mi pobre alma estraviada
que se quedó quizás
en un rincón oscuro
del salón señorial

donde a la melancólica
quietud crepuscular
tu mano perfumada
me dabas a besar.



Me volveré a mis campos,
que me hiciste olvidar,
mis campos ya dorados
con el oro otoñal.

Refrescará mis sienes
el aire matinal;
las sombras que me envuelven
el sol disipará.

Por las húmedas sendas
volveré a caminar
contemplando en silencio
el lento revolar

de las hojas que caen
para no volver mas,
que huyen sobre las aguas
del arroyo fugaz.



Me volveré a las playas
i le contaré al mar
todas las amarguras
que me has hecho probar.

Contemplaré las olas
que vienen i se van,
como viene el sufrir,
como se va el gozar.

Me volveré al océano
i allá en la soledad
de las playas desiertas
me entregaré a soñar

que es una ola mi alma,
la tuya un pez del mar
i que tu alma en mi alma
aprisionada está.

JAMÁS....

Ante nosotros las olas
corren, corren sin cesar,
como si algo persiguieran
sin alcanzarlo jamás.

Dice la esposa: ¿no es cierto
que nunca habrás de tornar
junto a esa mujer lejana?
I yo le digo: jamás!

Ella pregunta: ¿no es cierto
que ya nunca volverás
a celebrar su hermosura?
I yo contesto: jamás!

Ella interroga: ¿no es cierto
que nunca habrás de soñar
con sus fatales caricias?
I yo respondo: jamás!

Las olas mientras hablamos
corren, corren sin cesar,
como si algo persiguieran
sin alcanzarlo jamás!

Dice la esposa: ¿no es cierto
que nunca me has de olvidar
para pensar sólo en ella?
I yo le digo: jamás!

Ella pregunta: ¿no es cierto
que ya nunca la amarás
como la amaste hasta ahora?
I yo contesto: jamás!

Ella interroga: ¿no es cierto
que su imájen borrarás
de tu mente i de tu alma?
I yo murmuro: jamas....

Los dos callamos. Las olas
corren, corren sin cesar,
como si algo persiguieran
sin alcanzarlo jamás!

MAESE SALOMON

EN PARIS

Aquellos que en los últimos tiempos hayan pasado por Paris, habrán visto, de fijo, en el tablado del teatro Olimpia al guapo Maese Salomon enfundado en un frac de última creacion, luciendo una chistera de ocho reflejos, una réjia capa española de color de aceituna, zapatos charolados, elástico junquillo, monóculo, cadena i prendedor i anillo. En suma, un Jorje Brummel.

Noche a noche las jentes
se estrujan, riñen, gritan, codéanse impacientes
por ver ese portento de habilidad i gracia.

Fumando un rico habano, sus miradas espacia
sobre por el vasto público que lo examina atento.
Ved cómo jesticula, ved con qué movimiento
de elegancia se ajusta el monóculo al ojo
i ved con qué fruicion se goza en el sonrojo
de la tímida jóven blanco de sus miradas...
El público celebra i un trueno de palmadas
acoje las ardientes miradas de pasion
que lanza a la muchacha Maese Salomon.

Maese ama las bellas mujeres; sus ojillos
vivaces, ante ellas toman estraños brillos.

Maese ama la música, la danza, las danzantes...
Ama las actitudes graciosas, insinuantes
de las morenas i ama las lánguidas posturas
de las rubias. Maese...tiene ideas impuras.

Poco a poco se llega junto a las bailarinas
i se encoje i se tuerce i hace muecas divinas.
Maese ama el champaña...

Ello es que Salomon
ha olvidado su Selva. La Civilizacion
tiene tambien sus zarzas que atrapan al que pasa
i sus lianas que tejen una red que embaraza
la marcha del viajero; i tambien tiene fieras
de aguda zarpa i víboras venenosas, arteras
i pantanos infectos i mosquitos zumbones
i reptiles i arañas i otras mil bendiciones ..

I fué así que atrapó a Maese Salomon
en sus monstruosas redes la Civilizacion...

EL MISTERIO DE LA PIEZA VACÍA

¿Tras de qué peripecias estrañas i admirables
Maese Salomon volvió a las insondables
Selvas de donde un dia, siendo un niño inesperto,
saliera en compañía de un frances hácia el Puerto,
para de allí embarcarse con rumbo a la Pallice?

Aun es un misterio. La crónica no dice
de qué maravillosa manera Salomon
volvió al Bosque nativo despues de una escursion
de años i años por tierras de Europa.

El caso es que una buena mañana monsieur Paul,— el frances que lo hizo abandonar la Selva i que desde ese dia se dedicó a exhibir a Maese,— halló vacio el lecho de su pupilo i luego ni rastros de él. En balde monsieur Paul puso en juego todas sus facultades para ver si podia comprender el misterio de la pieza vacía.

Paróse, en vano, al medio de aquel desvan estrecho i todo fué observándolo, desde el piso hasta el techo. Sólo habia una puerta cuya gran cerradura aseguraba él mismo i allá arriba, a la altura del cielo, una ventana como un respiradero por donde fácilmente pasaria un jilguero, pero difícilmente un bicho en cuatro pies.

—¿Por allí?—fué al principio lo que pensó el frances. Refleccionó en seguida i vió lo impracticable de una fuga por esa ventana miserable. El tal desvan trepaba por sobre un sexto piso i ya veréis qué salto mortal era preciso para llegar abajo.

I pensando, pensando se quedó monsieur Paul, i el día de San Blando llegará sin que logre, ni despues de ese dia, comprender el misterio de la pieza vacía...

EL REGRESO

El Sol, un sol inmenso, deslumbrador, caía lentamente detras de la Selva sombría i sus saetas de oro no lograban cruzar el enmarañamiento del Bosque Secular.

Sobre las altas copas de los robles jigantes trazaban los Milanos sus círculos errantes. Abajo, tras las lindes de la Selva, el bostezo de la noche exhalaba como un vapor espeso

que oscurecía el verde color de los follajes i de aquel antro enorme, profundo, los salvajes ruidos de las fieras se escapaban rodando de caverna en caverna.

Fué a esa hora, cuando la nerviosa Pantera i el Tigre formidable i el Lobo astuto ensayan su táctica admirable de hábiles cazadores; fué a esa hora inquieta en que el Hambre anda suelto i a ninguno respeta, cuando por un atajo, con gran precaucion, llegó a la oscura Selva Maese Salomon.

Apesar de que habian corrido tantos años desde que él emigrara, no le fueron estraños los secretos del bosque i abrochándose el frac para hallarse mas cómodo, en menos de un tic-tac saltó i encaramóse sobre una gruesa rama, pues temía internarse i caer en la trama de algun habilidoso i hambriento vagabundo.

I a poco, el buen Maese cojió un sueño profundo.

EL ASOMBRO DE LA SELVA

Durmió, durmió... i al alba lo despertó el intenso rumorear de la Selva convertida en inmenso concierto de cantantes.

Despertó, miró abajo, luego arriba, i tratando de ensayar un trabajo fácil para él antaño, saltó de rama en rama, i entre los animales que andaban cerca, es fama que nunca vió la Selva mas cómica figura que la de Salomon viajando a esa altura.

La marcha era algo incómoda en tales condiciones. A lo mejor un gancho cojió los pantalones del buen Maese i ¡zas!... El tiron fué tan rudo, que a poco mas se queda el viajero desnudo.

Detúvose éste entónces, consideró el perjuicio, i tras prolijo exámen, temiendo otro estropicio, se dejó resbalar por un tronco hasta el suelo i se fué por la orilla de un alegre arroyuelo.

Cuanto sér halló al paso se quedó confundido contemplando a aquel raro bicho desconocido. I en verdad, lo que mas llamaba la atencion era la indumentaria del guapo Salomon.

Ello es que fué el asombro tan extraordinario, que todo el bosque fuese tras de aquel perdulario i a gran distancia en torno solamente se oian las carreras de aquellos que en tropel acudian.

Todo lo que la Selva contiene de animado se puso en marcha. Todo; desde el mas ponderado de sus habitantes hasta el mas miserable. Desde el viejo Elefante de porte inmensurable hasta el Pulgon minúsculo; desde la gran Serpiente Piton, hasta el Gusano; desde el Leon insolente

de aterradoras fauces hasta el Pájaro Mosca
que parece una joya con alas; desde la hosca
Hiena deforme, hasta la vivaracha Ardilla.

Todo aquel gran torrente de vida, por la orilla
del alegre arroyuelo siguió tras Salomon,
a quien tamaña escolta metía en aprension.

EL DISCURSO

Al fin paróse en medio de un claro i su mirada recorrió a toda esa muchedumbre asombrada, que cual la Selva misma parecia sin fin. Hizo luego un estraño i cómico mohin, ajustóse el monóculo, se empinó cuanto pudo i lanzando un chillido prolongado i agudo, dijo así, mas o ménos:

«¡Oh Pueblo de la Selva!

No estrañeis mi presencia, ni os asombre que vuelva trajeado de este modo. Vengo de una comarca maravillosa, espléndida. Cuanto la Selva abarca resulta pobre cosa comparado con esa region encantadora, cuya enorme belleza no sabria pintaros. El Hombre, ese enemigo dueño de la Flor Roja que arde, fué mi amigo. Porque yo vengo, hermanos, de la region lejana donde habita la noble i vieja estirpe humana. Yo viví entre los Hombres, conocí sus costumbres i os digo que su imperio se estiende de las cumbres a los abismos. Todo, todo lo han conquistado: la Tierra, el Agua, el Aire...»

Aun no habia acabado

Salomon su discurso, cuando toda la Selva prorrumpió en alaridos: ¡«Echadle! ¡que se vuelva donde el Hombre!» habló el Oso.—¡«Matémosle!»

—[propuso

la Hiena.—¡«Reventemos los ojos al intruso!»

dijo el Cuervo.—¡«Rompámosle los huesos! Fué el [amigo

del Hombre!» gruñó el Tigre—¡«Comámosle en cas- [tigo!»—

chilló el Chacal sangriento i el Leon en un ronco i espantable rujido que hizo tronco por tronco temblar el Bosque inmenso: «¡Que muera! ¡Sí! ¡Que muera!»—

gritó i el mismo grito lanzó la Selva entera.

Salomon vió cercano su fin i de improviso, rápido como el rayo, se encojió, saltó, se hizo casi invisible en fuerza de correr; i entretanto que el Pueblo de la Selva reía del espanto de aquel cobarde, el ágil Maese Salomon proseguia su fuga como una exhalacion.

LAS CRUELDADES DEL BOSQUE

Vagó por la espesura durante el día entero. Recordando los hábitos de su estado primero trepó a los grandes árboles en busca de bellotas —que son, según las crónicas, desde edades remotas el preciado alimento de todos los Maeses.— Cascólas con cuidado i así como otras veces las mordió haciendo jestos, pero las halló duras, desabridas, i entónces pensó en las confituras de París, i el recuerdo lo llenó de tristeza.

Se sentó en una rama, reclinó la cabeza contra el tronco i meciéndose con las piernas colgando, se puso a meditar en esos tiempos cuando vivía entre los hombres.

Una brisa cargada de olor a sávia hacía moverse la elevada ramazon i Maese con aquel movimiento poco a poco era presa de un adormecimiento delicioso. Tambien el Bosque se adormía bajo la gran mirada del sol de medio dia que al traves del follaje ondulante i sonoro sondeaba la honda Selva con sus hilos de oro.

De súbito una lluvia de nueces i avellanas turbó el profundo ensueño de Salomon. Cercanas risas rodaron entre las hojas i crujidos de ramas que se tronchan i toses i ahullidos.

Era una alegre ronda de aventureros monos que con agudas voces de discordantes tonos espresaban la mas profunda admiracion ante la estraña facha del pobre Salomon.

Este al oir aquella formidable algazara quedóse atentamente inmóvil; por su cara jesticulante i cómica pasó como un reflejo

de luz; miró a los lados, estiró el entrecejo
i tendiendo a lo alto sus espresivas manos
esclamó en un arranque supremo: «¡mis hermanos!»

Otra lluvia de nueces i otro coro de toses
i de risas i un nuevo rumorear de roces
fué la contestacion a aquel grito de amor...

I los monos siguieron su alegre ronda por
las rejiones arbóreas, brincando entre el follaje
como una loca banda de demonios en viaje.

Lentamente Maese dejó caer los brazos
i echó sobre su traje que ya se iba en pedazos
una larga mirada...

LA TEMPESTAD

La brisa se hizo viento
i el viento fué soplando cada vez mas violento.
Danzaban los ramajes revueltos, sacudidos;
oscilaban los troncos exhalando jemitos;
doblábanse los tiernos árboles hasta el suelo
i proyectando sombras enormes, por el cielo
galopaban las nubes, como una gran manada
que atropelladamente corriera, fustigada
por el látigo de oro del rayo.

Graves, lentas

cayeron las primeras gotas i las sedientas
hojas las absorvieron rápidamente; luego,
tras un cálido instante de profundo sosiego,
rodó el ronco rujido del trueno, abrió su ancha
flor de luz el relámpago, i como una avalancha
que se resuelve en hilos de sonoro cristal,
sobre el Bosque su manto líquido i musical
tendió la lluvia.

En tanto, Salomon, guarecido
bajo el follaje espeso, contemplaba aturdido
el chorrear de los árboles i la alegre caída
de la lluvia que ondeaba como un velo, impelida
por la fuerza del viento. Se cargaba el follaje
de agua i entre las hojas i por el varillaje
se escurrian los chorros, de modo que Maese
mojábase lo mismo que si al raso estuviese.

Cuando pasó la lluvia, cuando se hubo alejado
la manada de nubes i en el Bosque lavado
brilló el sol nuevamente, arrancando fulgores
a las húmedas ramas i a las perladas flores,
Salomon torpemente se levantó i se puso
de nuevo en marcha, todo pensativo i confuso.

El empapado traje pesaba sobre él como
si la liviana tela se hubiese hecho de plomo.

Las ramas se tronchaban bajo su peso i hubo momentos en que el pobre Salomon se sostuvo sólo por un prodijio sobre el profundo abismo.

Hasta que, fatigado, se replegó en sí mismo, se acurrucó en el cruce de dos ramas colgantes i mui triste quedóse meditando.

Distantes

surjían las canciones del Bosque; pero ahora ya para él la Selva no era la encantadora patria de sus amores; ya la Selva no era para él la querida patria en la cual pusiera todas sus esperanzas. Ahora estaban llenos sus cubiles de fieros enemigos; venenos en vez de miel brindaban los bosques al proscrito i el Pueblo Libre odiábalo como a un sér maldito.

LA CAIDA DE SALOMON

Salomon meditaba, miéntras de la distancia traíanle las brisas, junto con la fragancia de los prados, el eco de las nuevas canciones de Primavera.

Entónces un mundo de visiones desfiló por su mente calenturienta. Hermosas mujeres enarcaban sus formas lujuriosas bajo las transparentes gasas de los vestidos, i riendo ofrecíanle sus labios encendidos.

Salomon incorpórase i su mirada espacia
por el verde follaje, que lo examina atento.
Ved cómo jesticula, ved con qué movimiento
de elegancia se ajusta el monóculo al ojo
i ved con qué fruicion se goza en el sonrojo
de la cándida flor, blanco de sus miradas...

En tanto, el Bosque aplaude con rumor de palmadas.

Mas, de pronto la rama donde está Salomon
jime i se rompe. Un grito de espanto i afliccion
se ahoga allá en el fondo del abismo ondulante.
Luego el silencio... Luego, una cancion distante.
Luego, otra. I otra... I otra... I otra. Hasta que al final
toda la Selva entona su Himno Primavera.

EL HALLAZGO

El Sol, un sol inmenso, deslumbrador, caía lentamente detras de la Selva sombría i sus saetas de oro no lograban cruzar el enmarañamiento del Bosque Secular. Sobre las anchas copas de los robles jigantes los Buitres estrechaban sus círculos errantes. Abajo, tras las lindes de la Selva, el bostezo de la noche exhalaba como un vapor espeso

que oscurecía el verde color de los follajes
de aquel antro enorme, profundo, los salvajes
rujidos de las fieras se escapaban rodando
de caverna en caverna.

Fué a esa hora cuando
la nerviosa Pantera i el Tigre formidable
i el Lobo astuto ensayan su táctica admirable
de hábiles cazadores; fué a esa hora inquieta
en que el Hambre anda suelto i a ninguno respeta,
cuando un Oso que hacia su nocturna escursion
tropezó en el cadáver del pobre Salomon.

—¡Un hombre!—gritó el Oso, i a su voz acudieron
todos los de la Selva. Se acercaron, olieron,
sacaron aquel ríjido cuerpo de la enramada
i en medio de la noche rodó una carcajada
formidable, estruendosa, que retumbó en el seno
del Bosque con el ronco rumor de un largo trueno.

Sobre la hundida cuenca de aquel sér sin fortuna
rebrillaba el monóculo a la luz de la Luna...

FIN

ÍNDICE

	Pájs.
La Jornada.....	5
Paisaje de invierno.....	13
Por el río.....	17
El álamo viejo.....	19
El patio dormido.....	23
La niña jadeante.....	25
El estanque.....	27
Al sol.....	31
El barco viejo.....	33
Mañana gris.....	35
Elejía.....	39
Bienvenida.....	43
De la calle.....	45
Tardes de la ciudad.....	47
Los lacayos.....	49
La carreta.....	51
Los pájaros.....	55
Los gatos viejos.....	59
La fiesta del árbol.....	63
Día de lluvia.....	65
La fuente abandonada.....	67

	Pájs.
Niños	69
El baño	73
El vendimiador a su amada	75
Balada	79
Amorosa	81
El beso	83
El regreso	89
Ella dice	93
Dice él	95
Viaje de ensueño	97

EL JARDIN SECRETO

Dedicatoria	105
El soneto de Arvers	107
La confesion	109
Canto de otoño	111
La huella en el muro	115
En silencio	119
Canto de primavera	121
Carta	123
Sus ojos	125
Mírame	127
Carta a Noel	129
La misa al aire libre	133
Nadie ve, ni tú misma	137
Balada de la ventana	139
Eres	141
Es un tormento	143
El sendero	145
La cancion del beso	147
Dulce dudar	151

	Pájs.
El paseo solitario.....	153
El rompimiento.....	159
El adios.....	165
Jamás.....	169

MAESE SALOMON

En París.....	175
El misterio de la pieza vacía.....	179
El regreso.....	181
El asombro de la Selva.....	183
El discurso.....	187
Las crueldades del Bosque.....	191
La tempestad.....	195
La caída de Salomon.....	199
El hallazgo.....	201